

LA FRONTERA

QUE VINO

DEL NORTE

Ricardo Viguera

La frontera entre México y Estados Unidos, esa realidad compleja y abstracta que algunos han llamado Mexamérica, vuelve a ser hoy una herida abierta que supura todo el pus de la nación mexicana. Y como el título de este libro¹ apunta con el dedo a los vecinos del norte, acusándoles de cómplices o demiurgos en la sombra de esta realidad fronteriza, debemos reconocer que la frontera también supura a ambos lados de la línea el pus de la nación *caput mundi*². *La frontera que vino del norte* presenta el escenario en que se desarrolla hoy la vida económica, cultural y política de una región en constante derramamiento de sangre. No es un libro sobre las ciudades fronterizas, sino una obra sobre la reflexión política, cultural y económica que subyace bajo la vida diaria de esta enorme franja de tierra que obliga a los dos países a fingir relaciones de buena vecindad.

La frontera, como bien señala González Herrera, va mucho más allá de una división política llevada a cabo mediante una línea imaginaria³, sino que es un territorio cultural y moral que se construye día a día por medio de un proceso de ósmosis. Sus vínculos son más profundos de lo que a simple vista podría entenderse, ya que, al contrario de lo que sucede en otras fronteras del mundo, ambos países son representantes de la civilización occidental. La frontera, nos recuerda el autor citando a Turner, se construyó a la par que se construía un espacio mítico magnificado por la cultura popular del siglo XX (la conquista del oeste), que, como no podía ser menos, banalizó aquel teatro de operaciones reduciendo al mínimo las consecuencias que tuvo para los indios nativos y los vecinos del sur. La llamada épica del *western* (que tuvo sus grandes “cantores de baladas” en la literatura y el cine) creó también paradigmas y estereotipos que viajan en el tiempo, en palabras de González Herrera, “la invención de un territorio virgen y vacío colonizado gracias al arroyo, el espíritu pionero y la visión de futuro de hombres blancos” (p. 30). Quiero enfatizar aquí los adjetivos “virgen y vacío”, ya que, desgraciadamente, vuelven a aflorar en las conclusiones de este libro iluminador, pero ahora como conceptos atribuibles a la visión del centro de México con respecto a la frontera: “El carácter periférico y marginal que se le ha dado a la región en el proyecto de construcción nacional, desde el siglo XIX, ha promovido la imagen de espacio vacío y donde todo, o casi todo, se vale” (p. 258). Periférico. Marginal. Vacío. Salvaje. La conclusión sólo puede ser una: la frontera sigue siendo, en el imaginario colectivo de mexicanos y estadounidenses, un territorio mítico que goza de buena salud, ya que la cultura popular sigue insistiendo en el carácter sórdido



y peligroso de la vida allí. Es decir: la *border* deja de ser *border* para transformarse en *frontier*; la línea imaginaria deja de ser frontera física para transformarse en teatro de exploraciones del alma humana en territorios sin ley donde todo es posible. González Herrera desarrolla muy bien la diferencia entre ambos vocablos en el primer capítulo de su libro (pp. 29-41).

La frontera que vino del norte quedó marcada para siempre a partir del tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848), en el que México perdió dos millones de kilómetros cuadrados. Yo, a manera de juego, completaría el significado del título indicando que esa pérdida territorial y su consecuente frontera impuesta vinieron a estrellarse contra la frontera que vino, no del sur, sino del centro, ese México centrípeto que, todavía hoy, recuerda tanto al viejo Saturno mientras devora a sus hijos. Hay que agradecerle a González Herrera el recordarnos que no toda la culpa de los problemas de la frontera se deben al vecino del norte, abusador y poderoso, sino también al desinterés y absoluto desprecio que ha existido en el centro de México por sus regiones fronterizas. Este nativismo, este eugenismo, este racismo sin signos de interrogación, es analizado en la ideología estadounidense por el autor en el capítulo 3 (pp. 57-64), y el lector sabrá ver en qué medida estas teorías han prosperado en un país como México, donde, desde el centro, se ningunea la personalidad del norte que ha logrado una simbiosis especial con la cultura norteamericana, a lo que, en buena medida, han contribuido la nefasta centralización del país y el desinterés por su frontera norte.

La construcción de la frontera como espacio mítico en el imaginario colectivo global goza de buena salud, y quien lea este libro encontrará muchas de las claves que hoy torturan a una región abandonada por todos a su destino. La obra de Carlos González Herrera hace un repaso, no tanto de la historia de la frontera, sino de la historia de la percepción de la frontera en ambos lados de la cicatriz divisoria. Sólo desearía que hubiese abordado el tema de la industria maquiladora, fuente laboral de gran importancia para la zona, que generó riqueza de la que estas ciudades nunca se beneficiaron y que no supo traducirse en más cultura y mejores condiciones de vida para sus habitantes. Las consecuencias de la frontera que no sólo vino del sur, sino que vampiriza el centro, están hoy en la primera plana de todos los periódicos. Y en cómics, novelas, películas que gozan de fama y distribución internacional, proporcionando una imagen de la frontera como espacio mítico del que los principales responsables políticos harían bien en avergonzarse. Si tuvieran vergüenza. ☒

¹ Carlos González Herrera, *La frontera que vino del norte*, Taurus/Colegio de Chihuahua, México, 2008.

² “El territorio fronterizo sigue siendo, en más de un sentido, el espacio que nos separa del vecino poderoso y abusivo”, p. 258.

³ “La legislación migratoria de Estados Unidos fue pensada en los puertos marítimos y no en la frontera de México, cuyos límites son fundamentalmente imaginarios” (Cita de F. W. Berkshire, Inspector de inmigración en El Paso, p. 85).

Ricardo Viguera Fernández (Murcia, España). Español, doctor en Letras Clásicas por la Universidad de Murcia. Su más reciente libro es *Breve Introducción a la novela policiaca latina* (2009). Residente en la frontera norte de México, es profesor de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.